

EL PASO DEL CABALLO

Apuntes sobre *Has de cambiar tu vida* de Peter Sloterdijk

Salvo Vaccaro

Università degli Studi di Palermo

THE HORSE STEP

Notes on Peter Sloterdijk's *You must change your life*

El préstamo del soneto de Rilke sobre el torso de Apolo arcaico, que Sloterdijk pide para titular sus investigaciones acerca de las formas históricas de una antropología acrobática, caracteriza a toda la obra con una diferencia realmente enigmática: la añadidura del punto de exclamación final respecto del último versículo de Rilke (*Du mußt dein Leben ändern*).

El signo parece reafirmar el imperativo rilkiano, evidente en el predicado no exhortativo, evidenciando la insuficiencia del *deber* (*mußen*) respecto de la puesta en juego y, más en general, de los elementos ya presentes en el título, es decir:

- la esfera miméticamente divina de procedencia “en la que no se pueden plantear objeciones”¹ y que produce una tensión al cambio en sentido vertical;
- el sujeto al que está dirigido el imperativo “en segunda persona del singular”², que debe alejarse de una vida falsa en el presente para aspirar a una vida verdadera “todavía-no”;
- la modalidad aplicativa de este imperativo, es decir, la necesidad, el deber de transformación inducido por una autoridad superior (por ejemplo, de natura-

1. P. Sloterdijk, *Du mußt dein Leben ändern. Über Anthropotechnik*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 2009, p. 46.

2. *Ibid.*, p. 47.

leza ética al modo de Kant o bien teológica al modo de la salvación heideggeriana);

- el elemento que se debe cambiar, la vida;
- y finalmente no la vida en general, en su totalidad, sino la vida específica, individual, es decir, la individualidad del sujeto destinatario.

El punto de exclamación final sella el imperativo, transmitiendo una “absoluta verticalidad”³ que, ya con su signo gráfico, remite a una significativa jerarquía de arriba hacia abajo. Sloterdijk acoge la verticalidad como sello de calidad que atestigua la necesidad del empleo de la trascendencia como forma de cambio. Precisamente sobre eso se quiere detener este pequeño ensayo.

El largo y profundo *excursus* de Sloterdijk acerca de la *superación* en ámbito filosófico parte de una visión ideológica relacionada con el ejercicio, el *training*, la formación, el entrenamiento, cuyos objetivos son metas improbables aunque alcanzables por medio de un salto acrobático hacia arriba. Los nombres se diferencian por lo que a las épocas, estilos, contextos, áreas geográficas y saberes se refiere, pero todas las prácticas que aspiran al cambio se ajustan a la verticalidad como movimiento trascendente, como desplazamiento hacia arriba: un cambio ascético en sentido ascensional.

Desde esta perspectiva, desde este reto hermenéutico que vuelve a traducir y a narrar siglos de transformaciones y metamorfosis cuantitativas y cualitativas de pensamiento y acción humana, destaca el elogio de la verticalidad, de la mirada aérea, del ensalzamiento elitista —incluso cuando semejante movimiento atañe a varios sujetos, hasta colectivos y plurales— a raíz de la pérdida de valor de la inmanencia, aunque radical, porque encerrada en un horizonte monótono aunque virtualmente expansivo, como todo universo in-finito.

¿Quién está acostumbrado al esfuerzo de un cambio hacia arriba? ¿Y quién puede entrenarse y entrenar —dos imágenes particulares que casi nunca coinciden— al cambio de vida? Pues claro, el peso de las costumbres representa una fuerza gravitacional que distrae de la preocupación de alejarse de los tristes y repetitivos rituales cotidianos que asientan lo existente y refuerzan la voluntad conservativa, anticipando las ganas de atreverse a huir del mundo. Sin embargo, para Sloterdijk, el hecho de separarse del mundo es el estímulo al cambio, es aquella conyuntura del *kairos* que se ofrece y se agarra aparentemente sin dificultad, excepto que por el entrenamiento, a través del cual nos hemos preparado al cambio repentino, a la adopción de un estilo de vida, de pensa-

3. Ibid., p. 46.

miento, inédito, imprevisto, frío y distante de la cotidianidad en la que nos encontráramos hasta un segundo antes del mismo cambio.

Las modalidades de la secesión son varias, y tal vez en la obra se persiguan aquellas logradas de forma individual, mientras que un análisis más amplio y paralelo habría podido reconocer también aquellas plurales y colectivas. Sin embargo, la imagen transmitida por la visión de Sloterdijk es la misma, la ascesis vertical gracias a la cual se realiza el imperativo del cambio. Un movimiento de inacabable trascendencia, una compulsión de escalar unas montañas a simple vista inaccesibles pero que, una vez escaladas, hacen pensar en como volver a escalar otra montaña sin sufrir el vértigo de la altura. Y liberarse de las cargas hipotecarias, de la pesadez de la inmanencia, ¿no parece un vuelo icárico, un levantamiento levítico, un abandono a su destino del resto del mundo no seducido por la secesión?

Pues entonces, solo espíritus fuertes, demasiado fuertes disponen de semejante secesión visionaria, y reservan el cambio no tanto a un entrenamiento al alcance de quienquiera, sino solo a una élite que se ha acostumbrado a su propia voluntad ascética de escalar paredes inaccesibles al hombre común (mortal, individuo). Se dispara el cepo del imperativo vertical que asombra a Sloterdijk, comprometido hasta la coronilla en su continuo entrenamiento a la superación de sí mismo no solo como elevación respecto de uno mismo, sino también del otro, es decir, del prójimo común cuya fuerza de cambio es ínfima por su falta de entrenamiento, y no por la supremacía de las fuerzas que lo derriban impidiéndole huir, prohibiéndole una secesión del mundo, otro tanto deseada para sí, en sí y con el otro.

Diferentemente de Foucault, para quien lo existente “no puede ser penetrado, sino solo superado”⁴, Sloterdijk no entrevé una forma de sustracción sucesiva del mundo en el paso del caballo que supera y salva vallas excediendo el campo de lo posible disponible para quienquiera que esté sumergido en la inmanencia sin disponer de un entrenador y de un crono-programa de elevación hacia la cumbre del objetivo a alcanzar. Por lo tanto, el privilegio de la verticalidad imperativa llevada a cabo por Sloterdijk en su ascesis aumenta la tensión de translimitar un “desnivel”⁵ más alto desde el cual analizar la vida, además de dominar —quizá de forma paternalista— a quien quede sumergido y hundido en la inmanencia de la que parece imposible alejarse, mientras que la filosofía deleuziana da un vuelco completo a esta huida, detectando en la trascendencia la inevitable insidia de la huida que da origen a una jerarquía de niveles y descubre en la inma-

4. P. Sloterdijk, *Du musst dein Leben ändern*, p. 241.

5. *Ibid.*, p. 47.

nencia el recoveco (barroco) por medio del cual romper el perímetro de lo pensable, de lo aceptable, de lo factible, excederse de las fronteras semánticas y simbólicas de lo existente y sobrepasar el espacio uniforme para rayarlo en sentido radicalmente divergente.

De lo contrario, Sloterdijk no parece sucumbir al estrabismo causado por la gubernamentalidad neoliberal de estas últimas décadas que, reemplazando todo imaginario colectivo de la narración ideológica de la tendencia epocal, carga el individuo con todo tipo de peso existencial, tanto en sentido cognitivo como empírico, tanto desde una óptica conservativa como en una perspectiva transformativa. No pudiendo obviamente prescindir del cambio de la narración mundana, por una parte este se presenta en su fatal destino, imitando efectos de estrategias anónimas e impersonales no solo por lo que a los complejos diagramas de cruce de dinámicas individuales y plurales se refiere, sino también ofreciendo la (falsa) percepción de un mecanismo que no puede ser gestionado por el hombre, pues, depende de normas, reglas, leyes que se han autoinstituido aunque no se sepa cómo, por quién y cuándo, respecto de las cuales la intervención humana es irrelevante y hasta perjudicial. La organización de la vida se limita al sí privado, como si no tuviera forma. Para no fastidiar al conductor, ¿hay algo mejor que la invisibilidad y la indescriptibilidad del maniobrista de turno?

Por otra parte, el cambio se reajusta como objetivo de alcance limitado y que depende del esfuerzo, de todas formas desmesurado, de un individuo, tanto mejor si lleva entrenándose desde hace tiempo con un largo ejercicio psico-físico, dirigido a cambiar a sí mismo y a su propia vida desde el punto de vista de la intimidad solipsista, excluyendo la relación con los demás como red de vínculos de varia dimensión y naturaleza (afectiva, laboral, política, social, etc.). De ahí que, cambiar su propia vida tiene sentido si *no* queremos cambiar el mundo en absoluto, sino solo revolucionar nuestra propia dimensión privada, ya que la pública es inexistente, insustancial, vacía porque es aparente y depende de relaciones sociales y políticas en las que nos hallamos cautivados de forma dependiente, y de las que tendríamos que liberarnos, emanciparnos tal como el barón de Münchhausen.

De hecho, Sloterdijk parece querer alejarse de los propósitos de generaciones de revolucionarios que querían cambiar el mundo sin interesarse para nada por la calidad de su propia vida, hasta casi teorizando la objetividad de un proceso de ruptura revolucionaria que no empezara con el cambio de *sí* ni de su *propia* forma de existencia en el mundo. Las consecuencias de este imaginario se hallan en los resultados para nada revolucionarios que han caracterizado a aquellos procesos objetivos de ruptura del presente, que han perpetuado, bajo falsa apariencia, el mismo guión con personajes diferentes.

Para enraizar un cambio del mundo en el mundo de forma cualitativa es indispensable enlazar la voluntad de potencia —que siempre ve nuestra subjetivación relacionada con lo exterior— y nuestro relativo imaginario con un esfuerzo que debe aceptar la ruptura de la cualidad del mundo en el interior de un proceso de marcada discontinuidad a lo largo de nuestra específica existencia. Solo si empezamos a ‘practicarnos’ subvirtiendo la visión identitaria que nos encadena al mundo real, podríamos alejarnos de manera gradual de una forma de vida para adoptar —de manera experimental— otra diferente y, por medio de ella, difundir la concreción de un imaginario cualitativamente diverso que se convierte en carne, que modela cuerpos que interactúan con otros cuerpos.

De ahí que la vida de cada uno desempeña la función de fundamental umbral de transformación para incorporar la tensión al cambio, tal como la adquisición de nuevas prácticas de sí que interpretan el imaginario en el presente desorientando, al mismo tiempo, aquel mismo presente y su gravosa herencia. Un cambio singular en la acepción deleuziana, por la cual *singular* es el uno y el múltiple al mismo tiempo, su propia vida y la de todos los demás se cruzan. Por lo tanto, el disgusto por las evidentes injusticias del mundo despierta la actuación política tanto desde el punto de vista individual como colectivo y plural, para que las dos etapas se junten en un único moto de cambio.

Traducción del italiano de M. Colucciello